

Reseñas

Beatriz Rojas, *Las instituciones de gobierno y la elite local. Aguascalientes del siglo XVII hasta la Independencia*, El Colegio de Michoacán/Instituto Mora, México, 1998, 339 pp. y tres mapas.

Aguascalientes, en la república federal mexicana, es una ciudad-estado que llama la atención de los geógrafos, economistas y sociólogos; sin recursos naturales en una zona árida, es hoy en día uno de los focos industriales más dinámicos del país. Esa fortuna empezó a afirmarse alrededor de 1960. Tiene muchas explicaciones, pero una de las principales bien podría ser la existencia de una elite peculiar, más abierta que en otras partes, renovada y, sin embargo, en continuidad con los grupos dirigentes anteriores. Ciertamente el libro aquí reseñado no pretende tratar de este problema, ya que termina a principios del siglo XIX, pero da los elementos de base para aclarar el misterio.

Teniendo eso presente, podemos distinguir tres niveles en el acercamiento a esa realidad, los tres niveles que se encuentran en toda problemática de historia local; en el primero están los marcos de una vida provincial que empieza hacia 1575, en una situación de frontera. Tal universo se jerarquiza progresivamente, crece hasta tener 30 800 habitantes en 1797, de los cuales 8 800 estaban en la ciudad.

El historiador no se asombra frente a un marco conocido; una elite agroganadera que se acerca muy pronto a la minería (Zacatecas está a tres días de camino) y, en el siglo XVIII, al comercio. En 1715 la fundación del real de minas de Asientos engendra una fuerte demanda. Al final del siglo XVIII y principios del XIX, la voluntad reformista borbónica de centralización y racionalización administrativa propicia crisis que favorecen el despertar de un sentimiento protorregional, muy claro en el seno del cabildo. Eso desemboca

en la gran crisis revolucionaria americana, la retirada del poder y de los hombres de la metrópoli peninsular. Tal historia es ejemplar, sin más.

El segundo nivel es el del "regionalismo", de la "microhistoria". Puede aburrir a veces al lector que no busca raíces personales, ni familiares, ni toponímicas, pero esas referencias son indispensables para la demostración. Hay que saludar la destreza del autor quien sabe reducir eso a lo mínimo, pero que también sabe utilizarlo para alcanzar el último nivel, el que lo justifica todo. Felicidades a Beatriz Rojas que supo navegar entre tales arrecifes. Es tanto más meritorio que, nativa de Aguascalientes —aunque trasterada a México— y profundamente identificada con su ciudad, ha sido capaz de tomar una sana distancia, gracias, entre otros factores, a su profunda impregnación con la historiografía europea.

El lector "no regional" o apurado se equivocaría al brincar ese nivel factual. Gracias al trabajo de archivo del autor, lucen verdaderas "perlas negras" que permiten profundizar en ciertos temas. Un ejemplo: todo el primer capítulo está dedicado a la instalación de las estructuras agrarias, con una idea tan fuerte como justa, la inestabilidad. Es algo paradójico en una sociedad rural clásicamente pintada como muy estructurada, alrededor de latifundios cuyo arquetipo, Ciénega de Mata, ha sido estudiado hace 50 años por François Chevalier. Con precisión, Beatriz Rojas es capaz de fijar el momento de ruptura, después del deceso del dueño, cuando los acreedores, empezando por la Iglesia, reclaman lo suyo. El cuadro de la p. 71 resume las transferencias su-

fridas por 42 haciendas a lo largo del siglo XVIII.

Abrimos el expediente: 124 ventas en total, en promedio tres por hacienda a lo largo del siglo; el autor tiene razón; hay cambio de dueño prácticamente en cada generación. Pero, y ese matiz es importante, sólo 25% de los cambios viene después de una muerte, de tal manera que es obvio que la propiedad es tan frágil que no es necesario el traumatismo del deceso. Eso lleva a preguntarse por qué no intentaron preservar, a toda costa, un bien supuestamente más valioso que todos, la tierra, a través, por ejemplo, de la sistematización de la práctica del mayorazgo ¿Será que una tierra superabundante no tenía el valor simbólico que le prestan los historiadores? ¿Será que en esa sociedad, con todo y lazos personales muy fuertes, el apoyo del linaje no funcionaba? Busquemos una confirmación, analizando los nombres de las 42 haciendas del cuadro citado: 19 llevan nombres de santos, lo que es muy normal; cinco aluden a topónimos indígenas, y sólo una familia da su nombre: Rincón de Romos. Ahí veo la prueba de la debilidad de la relación entre familia y propiedad de la tierra.

Pero ya entramos al nivel tercero, el que pone en duda las enseñanzas tradicionales, como lo hace toda buena historia local. Ahí el libro es muy rico. Tomemos el problema de las relaciones entre criollos y peninsulares, tan central para entender a esa elite social. La sabiduría clásica, fundamentada en muchos testimonios, más o menos literarios, a partir de la ciudad de México, nos habla de un antagonismo creciente a lo largo del tiempo. ¿Y Aguas-

calientes? El diálogo existe, el equilibrio existe en el corazón del Cabildo: las regidurías —los cargos que se compran— son para los criollos; los cargos electivos de alcaldes ordinarios y de procuradores se reparten a la mitad. El resultado es que son los criollos los que eligen, en una estrecha oligarquía en la cual todos son parientes, a los gachupines. Es más, muchos de esos peninsulares, especialmente los solterones, a la hora de morir olvidan a su patria europea y fundan, en su patria de adopción, quién escuela, quién hospital, quién institución caritativa.

¿Quieren acabar con otros clichés gracias a las aportaciones de Beatriz Rojas? Se dice que las reformas borbónicas habrían inaugurado a partir de 1760, una “era de autoridad”. La guerrilla de litigios que lleva, a partir de 1770-1780, el Cabildo de Aguascalientes en muchos frentes, demuestra que esa afirmación es bastante discutible. En dos ocasiones logra hacer huir a los alcaldes mayores ¡hasta... España! Claro, no tenían la conciencia tranquila. Al grado de que hacia 1800 la corona ya no nombra alcalde mayor; les toca a los alcaldes ordinarios administrar a la región. El Estado de las Luces no tenía aquí los medios de sus ambiciones y se encontró a la defensiva antes de 1810. Llegamos así, por caminos diferentes, en un contexto geográfico diferente pero cercano, a las mismas conclusiones que las de Felipe Castro, sobre Michoacán.¹

¹ Felipe Castro, *Nueva ley y nuevo rey. Reformas borbónicas y rebelión popular en Nueva España*, El Colegio de Michoacán/Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1996.

Beatriz Rojas nos debía ese libro desde hace diez años. Si tardó tanto, es que las fuentes eran escasas y muy dispersas, entre Sevilla, Simancas, México, Guadalajara y Aguascalientes, pero es también que ella es excesivamente modesta. Nos debe ahora otro libro; el mismo, pero dedicado a “los de abajo”. El reto es mayor, pero una historia es un todo. Las elites dan el tono, los grupos populares tocan la pieza, el historiador armoniza, con discreción y juicio, como en este libro.

Thomas Calvo
UNIVERSIDAD DE PARÍS X

Michael P. Costeloe, *La república central en México, 1835-1846. “Hombres de bien” en la época de Santa Anna*, trad. Eduardo L. Suárez, FCE, México, 2000 (Sección de Obras de Historia).

Aparecido en 1993 en inglés, el reciente libro de Michael P. Costeloe se traduce y edita en nuestro idioma con un retraso de siete años. Este historiador británico, afamado especialista, es ampliamente conocido en México por su trabajo *La primera república federal de México (1824-1835)*¹ y por múltiples artículos referentes a esa misma época. La obra que nos ocupa continúa con la preocupación por conocer el periodo que menos se ha estudiado de la historia de México: “los tres decenios que van de la independencia en 1821 a la Reforma” (p. 16). En este caso específicamente de 1835 a 1846, años en que

¹ Michael P. Costeloe, *La primera república federal de México (1824-1835)*, FCE, España, 1975.